

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 161

Protagonista
John Gilbert

25 cts.

Revelación fortuita

Novela Popular

Cinematográfica

Revelación fortuita

Argumento, en forma de novela, de la película dramática del mismo título. Producción de la célebre casa Fox, de la que es concesionaria en España y Portugal «Hispano Fox Film», Valencia, 280.

Protagonista : John Gilbert



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925

estrenada el 3-8-25

PRIMERA PARTE

El tiempo es, a veces, sinónimo de justicia y sabe encontrar remedio a todos los daños y recompensa para todos los sacrificios. Así es esta triste historia que vamos a relatar.

Un día, a los primeros resplandores de la aurora, y poco después, cuando el sol, venciendo la niebla, extendía sus rayos por sobre la tierra, inundando de fuego el paisaje exótico, en pleno verano poco menos que tropical, un hombre, en la soledad de un páramo, no lejos de una casa, que era la suya, meditaba con un gesto de amargura que contraía todo su rostro. Aparecía cansado y como deshecho.

Bastantes años antes aquel hombre, llamado Silas Hunt, unido a una horda de buscadores de oro, había ido a parar a aquel territorio solitario. Poco después de llegar cayó víctima de las fiebres y estuvo enfermo, perdida hasta la memoria durante varios años. Pero desaparecido, al fin, su estado febril, volvió a su pueblo. A la primavera siguiente volvió mucho más viejo de lo que había partido, construyó una casa en aquella soledad, junto a las quietas

aguas de un lago, y se dispuso a no salir más de allí, como si todos los atractivos del mundo se hubieran acabado para él.

Silas Hunt, que había sido un gran artista en otro tiempo, ahora tenía olvidado su arte y todo él era amor, ternura y protección para una adolescente que vivía con él.

Aquella adolescente se llamaba Niní y Silas la había encontrado un día, siendo aún niña, llorando sobre la tumba de sus padres. La recogió, la adoptó y la llevó a vivir bajo su techo, con un cariño verdaderamente paternal. También él encontró en aquella criatura un fervoroso cariño de hija. Y ambos eran, dentro de lo posible, muy felices.

La mañana que comienza nuestra historia, cuando hemos visto a Silas meditar con amargura, regresaba de un relativamente largo viaje; había ido a dar un recado de suma urgencia para él. Niní, que le había echado de menos al levantarse, le esperaba con impaciencia. Al verle llegar le dijo, como reconveniéndole, tal que una madre a su hijo:

—Ya sabes que te he dicho muchas veces que no debes salir ni andar mientras te torture el reumatismo.

—Es verdad. Pero hoy no tenía más remedio que salir.

—¿Por qué?

—Quería estar seguro de que el mozo llevaría la carta al inspector y no me fiaba de dar ese encargo a Pierre. Y como tú no puedes ni debes ir, he ido yo. Ahora confío en que se cumplirá mi encargo.

—Si me hubieras avisado del motivo de tu viaje, ya habría encontrado yo el modo de que no hubiera sido preciso que fueses tú.

—Gracias, hija mía, por tu interés. Pero ahora ya está hecho. Thomas, el que nos ha amenazado, es muy perverso y le creo capaz de cualquier cosa. Pero ahora ya tengo la certeza de que el inspector nos protegerá. En cuanto reciba mi carta, acudirá en nuestro auxilio.

Pero Thomas, que se había propuesto despojar a Hunt, estaba sobre aviso de todo lo que hacía y la carta que mandaba al inspector no llegó a su destino. Fué arrebatada, por el propio Thomas, a quien la llevaba, el que fué amenazado, además, de que debía guardar silencio sobre lo sucedido.

De este modo, Silas no llegó a enterarse de nada. Su carta decía:

«Señor inspector James Farland.

Cobalta.

Muy señor mío: Caleb Thomas me ha ordenado injustamente que abandone mi casa y mis terrenos en el término de diez días. Acudo a usted para pedirle que me proteja y que haga una investigación respecto al particular. Su seguro servidor,

Silas Hunt.»

Leyendo esta carta, Thomas sonrió como podría sonreír un bandido ante la vista de su víctima más deseada.

Entretanto, Niní, que había advertido el cansancio de Silas, le dejó, con ternura maternal.

—Iré — le dijo al irse — por un poco de agua para hacerte una taza de té.

Niní salió y volvió pronto. Cumplido aquel deber, volvió al lago. Cada mañana iba y se embelesaba en la orilla, soñando, mirándose en el agua y arrojando a ella de vez en cuando una flor de un gran ramo que llevaba. Criada en la soledad, tenía un alma soñadora. La orilla del lago era su lugar más propicio para entregarse al ensueño, que muchas veces era delicioso.

Estando allí se le acercó Pierre, el hombre a que poco antes había hecho Silas alusión, el cual, medio idiota, trabajaba a las órdenes de aquél como leñador. Mirándole fijamente, no parecía idiota; pero su manera de hablar, titubeante y, al parecer, sin sentido, confundía. Hablaba siempre nombrándose en primer lugar, lo que parecía una manía.

Muchas gentes del contorno tenían miedo a Pierre no se sabe por qué. Niní no; hablaba con él, le preguntaba muchas cosas y hasta se atrevía a darle consejos.

En aquel momento, tan embebida estaba Niní en su ensueño, que no se dió cuenta de la llegada del idiota. Este, poniéndose a su lado, dijo:

—Niní está loca... como el viejo Pierre... y espera a alguien que no vendrá nunca.

Niní le miró, pero no dijo nada. El agregó:

—El amo, Silas, quiere saber por qué Pierre nunca toca su violín... Es que Pierre espera a alguien... Cuando ese alguien venga... Pierre tocará...

Niní le miró de nuevo y, luego de un momento de vacilación, le preguntó:

—Pierre, ¿salen verdad los sueños alguna vez?

—Pierre no sabe... Tal vez sí...

—Anoche soñé que oía el golpe de un caballo... y el corazón me palpitó con tal fuerza que desperté... Era él... el hombre que espero... y le pedí a Dios que me dejara ver su rostro antes de morir, pues sé que si no viene pronto moriré...

—Tal vez ese sueño no era para ti, sino para el viejo Pierre... Y si así fuera, pues espero a un viajero sin saber que ha de venir, esta misma noche el viejo Pierre tocaría su violín... Tocaría en su violín una bella canción de amor, su canción favorita...

—Tú esperas a un viajero sin saber que ha de venir y tienes la seguridad de que vendrá... A mí me pasa lo mismo... No sé que haya de venir nadie. Sin embargo, espero la llegada del hombre que me ha de amar y al que amaré... Y confío en que vendrá...

—Es que tú, Niní, estás loca, como el viejo Pierre... Pero los locos prevén muchas cosas de las que han de pasar... Quizá llegue nuestro viajero y éste sea el mismo hombre...

En esto se les acercó un hombre. Era Thomas. Callaron. Thomas les preguntó con voz imperiosa:

—¿Dónde está Silas, ese viejo astuto?

Niní tembló y no dijo nada. Pierre contestó:

—Debe estar en la casa.

—Voy allá—repuso Thomas.

Pronto estuvo ante la puerta. Silas, al oír rui-

do, salió. Thomas mostró la carta de aquél al inspector y dijo :

—¿Conque pretendía echarme encima todo el peso de la ley? Muy bien. Ahora veremos quién gana a quién. En vez de diez días, le doy de plazo diez minutos para que abandone esta casa...

SEGUNDA PARTE

En este momento acertó a pasar por las cercanías de aquella casa un viandante extraño, lleno de simpatía y de atractivo. Se llamaba Odón. Es el protagonista de este relato.

Al ver a los dos hombres en actitud poco pacífica, se acercó, por si su intervención era necesaria. Su generosidad le llevaba siempre a defender las buenas causas, no importándole nada el peligro que corriera. Cuando ya estuvo cerca de los dos hombres, oyó que Thomas decía :

—Ya le enseñaré yo quién es el que impone la ley en esta comarca. Se lo repito. Tiene de plazo sólo diez minutos.

Odón se puso entonces entre los dos hombres y preguntó :

—¿De qué se trata?

—Ese malvado—dijo Niní, que acababa de llegar—quiere apoderarse de nuestra casa.

Y Silas añadió, contestando a Odón :

—Tengo escritura de propiedad sobre esta casa y sus terrenos... y este hombre carece de au-

toridad para echarme de aquí... ¡Es un robo lo que intenta realizar, un despojo...!

—Lo mejor que puede hacer—dijo Odón a Thomas— es marcharse ahora mismo. Sentiría mucho que me obligara a repetir ese deseo mío...

Había tanta firmeza en estas palabras, que Thomas se sintió confundido, y, como sugestionado, se dispuso a marchar, incapaz de devolver la orden que había recibido.

Alejándose, gritó a Silas, procurando no mirar a Odón:

—Volveré mañana y espero que todo esté arreglado según mis deseos.

—¡La ley se entenderá con usted!—le repuso, temblando, Silas.

—¡Valiente amenaza!—contestó sonriendo el bandido.

Pero su sonrisa desapareció como por encanto al ver que Odón le miraba fijamente. Sin embargo, con la cabeza vuelta para rehuir aquella mirada, dijo aún:

—No conozco más ley que el filo de mi puñal...

—¡Basta ya!—le gritó Odón.—¡Márchese y vuelva mañana como dice! Le esperaremos...

En cuanto Thomas desapareció en la lejanía, Niní preguntó a Odón:

—Señor, ¿quién es usted y dónde vive?

Desde que le había visto había sentido impaciencia por formular aquella pregunta. Al fin podía hacerlo.

Odón, con un gesto de infinita tristeza, repuso:

—Soy un Don Nadie, señorita... Vivo donde estoy... Hoy aquí, mañana allí... y viajo por

dondequiera que luce el sol... y sólo me detengo donde hay algo bello que admirar...

—¿Y no hay aquí nada bello que le haga a usted detenerse siquiera un instante?...!



Al preguntar esto, Niní sonrió deliciosamente. Odón contestó, galante:

—Tal vez, señorita... Veo algo hermoso... que me sonríe...

Confusa, pero con una confusión que le llenaba el pecho de gozo, Niní volvió la cabeza y dijo a Silas:

—¿Por qué no invitas a este caballero a que se hospede una temporada con nosotros?

—Tendremos mucho gusto—dijo Silas a Odón,—y mucho honor, en que se quede en

nuestra compañía todo el tiempo que guste...

—Señor, soy ya huésped de otra persona... a la que aun no conozco... Anoche encontré su puerta abierta, y dormí en su casa... Esta mañana, al levantarme y ver la claridad de una hermosa aurora, salí a pintar...

—¿Es usted artista?—le preguntó Niní.

Y agregó, sin esperar la respuesta:

—Mi padre también lo es!... Venga usted conmigo, entre en la casa y le enseñaré su cuadro predilecto.

Entraron en la casa los tres, Odón guiado por Niní, y Silas detrás de ambos. Llegaron a un salón que podríamos llamar de honor, presidido por un lienzo magnífico. Ante el cuadro, que era una obra maestra, Odón exclamó:

—¡Es hermosísimo!

Entonces, Silas y Niní se dieron cuenta de que Odón llevaba una tela, enrollada, debajo del brazo. Le hicieron que la mostrara. Era una pintura suya. Silas le dijo:

—Ambos lienzos se parecen mucho.

—No—protestó Odón.—Son muy distintos. Uno de ellos, el suyo, es obra de un maestro... El otro, el mío, es un esbozo de obra, titubeante e inseguro.

Hubo una pausa. Luego Odón dijo:

—La casa de que soy huésped está cerca. Puedo venir en pocos minutos. Vendré, desde luego, para defenderlos, si es preciso, de su enemigo. También me gustaría venir, y entonces me quedaré en esta comarca por más tiempo, si usted, maestro, consiente en enseñarme a pintar... Es ese el aprendizaje a que me entrego

con más fervor... Daría parte de mi vida por pintar como sueño. Pero me falta el consejo de un maestro.

—¡Ojalá que el cielo me hubiera bendecido con un hijo como usted!—dijo entusiasmado Silas.

—Yo también habría querido tener un padre como usted... maestro y padre a un mismo tiempo... En vez de eso... el cielo me dió un padre... Bueno, no hablemos de eso, por favor... Sufro, mi corazón llora lágrimas de sangre... Hablemos de otra cosa, de pintura, por ejemplo. Aquí, la soledad, la quietud, el recogimiento, inspiran. Con sus lecciones, estoy seguro de ello, llegaré a pintar con maestría...

Convino Silas en aleccionarle, gozoso de verle tan entusiasmado por el arte que le había sido tan querido, y se despidieron. Odón tenía que ir a conocer al dueño de la casa en que había pasado la noche anterior.

Durante toda esta charla, Niní no separó su mirada, que brillaba encendida, del recién llegado. Cuando se marchó, le estuvo mirando hasta que desapareció en la lejanía. Aquél era el hombre de sus sueños. Estaba segura de ello. No podía tener ninguna duda. Su sueño de la noche anterior no la había engañado. El viajero esperado llegó, no a caballo como en el sueño, pero llegó. Su alma rebosaba de alegría interior, que hacía que su rostro fuese aún mucho más bello de lo que era normalmente.

TERCERA PARTE

Cuando llegó la noche, empezó a oírse, en la casa de Silas, traída por el viento, una música dulcísima, hechicera, melodiosa de un modo maravilloso.

—Parece el dulce son de un coro de serafines —dijo Niní.

—Es una bella canción de amor. Quien la toca es el viejo Pierre.

—¿Pierre? ¡Es la primera vez que le oigo tocar! Jamás habría sospechado que tocara tan bien...

—Yo sí le he oído alguna vez. Pero no recuerdo de ninguna que lo haya hecho tan delicadamente.

Entonces Niní se acordó de la conversación que había tenido con Pierre por la mañana, y pensó:

—Debe haber llegado también el viajero que esperaba. ¿Será el mismo que ha llegado, esperado por mí, como él supuso que podía ocurrir? Si es el mismo, bien se merece que Pierre interprete en su violín esa música divina.

De pronto, la música cesó. Pierre la había

ejecutado en pleno campo, como un poema de gracias a los cielos por haberle enviado el viajero que esperaba. Luego entró en su casa, que estaba en medio de la selva. Allí estaba Odón. Era allí precisamente donde había dormido la noche antes. Pierre no le había visto entonces. Cuando le vió, en el anochecer de la segunda noche, tuvo por seguro que era el hombre que esperaba. De aquí su música. Al entrar en su casa después de la deliciosa serenata, preguntó al joven:

—¿Cómo se llama usted?

—¿Quién sabe? Tomo mi nombre de cualquier árbol con que tropiezo en el camino... Soy un caminante impenitente... Soy un Don Nadie...

—Pierre sabe tu nombre y te lo dirá algún día.

Al oír esto, Odón se sorprendió, pero no preguntó nada. Pierre, también guardó silencio.

A la noche siguiente, estando Odón de visita en casa de Silas, sentado al lado de Niní, volvió a oírse el violín de Pierre, pero más cerca, entonando la misma canción de amor... Aquella música acariciadora hizo que los jóvenes hablaran largamente, con ternura, de un sin fin de cosas, y como, de pronto, sin saber por qué, apareciera la palabra historia, refiriéndose al pasado de Odón, Niní le dijo:

—Estoy segura de que Pierre conoce esa historia, no sé por qué... y de que le conoce a usted desde hace mucho tiempo...

—¿En qué se funda, señorita, para esa creencia?

—Pierre sabía que alguna vez vendría usted aquí.

Interesado por todo esto, tan extraño y misterioso, Odón, en cuanto llegó aquella noche a la casa de Pierre, le preguntó de súbito:

—¿Usted conoció a mi madre?

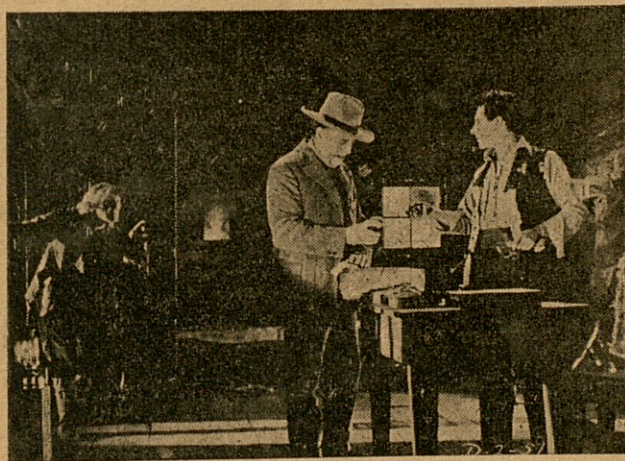
La pregunta era tan directa, que Pierre no quiso eludirla. Contestó, pues, sin su acostumbrada vaguedad:

—Hace mucho tiempo, Pierre era violinista, en la ciudad en que tú naciste, de la iglesia de San Bonifacio... a donde tu madre acudía a rezar... Tu madre era muy amiga de Pierre... y Pierre la adoraba, como a una santa... Pero ella amaba a otro hombre y, un día, se casó con él... Entonces Pierre, para no morir de pena, salió de aquella ciudad... Pero al volver, dos años más tarde, te encontró a ti, un niño... y a ella, enferma de muerte... La infeliz tenía el corazón destrozado... Su marido había huido, abandonándola, a los pocos meses de casarse... Luego naciste tú, Odón... y ella sufría y lloraba... Las necesidades hicieron presa en ella. Enfermó... Murió... Yo la asistí en sus últimos momentos... Antes de morir me dió un retrato de su marido. Yo, tomándolo, le dije: «Pierre hará grabar esta imagen en el mango de su puñal... para recordar cuál es su deber...»

Hubo una larga pausa. Odón no quería interrumpirla. Esperaba el final de aquel relato. Pierre, luego de una breve meditación, continuó:

—Al cabo de algún tiempo de la muerte de tu madre, aquel hombre volvió. Le reconocí, y le seguí, abandonándote a ti en manos seguras.

Pero no sé lo que debió pasar, que no tuve nunca más noticias de ti. Debí morir la persona a cuyo cuidado te dejé. He esperado todos estos años, seguro de que habríamos de encontrarnos. No quise cumplir mi deber sin tu con-



sentimiento. Quería, por otra parte, que fueses tú, si querías, quien llevara a cabo el castigo que se merece quien tanto hizo sufrir a tu madre. Y en caso de que te faltara valor, hacerlo yo, por ella, por ti y por mí. Por eso no me he separado nunca más de aquel hombre... Haciéndome pasar por idiota, hice que me tomara a su servicio. ¡Necio de él! ¡Constantemente esperaba tu llegada para darle su merecido!

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Odón, sediento de venganza.

Pierre le mostró el mango de su puñal. Allí estaba, grabado, el retrato de Silas.

Se nublaron los ojos del joven, que cayó, poco menos que sin conocimiento, en una silla. Creyó que iba a morir. Pierre le miraba fijamente, como estudiando su alma para saber de lo que era capaz. Y había en aquella mirada de hombre que había amado con locura a una mujer, un odio sin límites, feroz y sanguinario. Hasta tal punto era feroz aquella mirada, que Odón empezó a ver en torno suyo, por influencia de ella, visiones de sangre y de terror, en las que él intervenía con furia, manchándose todo de las salpicaduras que brotaban de las heridas. Rehaciéndose, tras un gran esfuerzo, hizo un gesto como para apartar de sus ojos aquella tormentosa pesadilla.

CUARTA PARTE

La casualidad, que es muchas veces inoportuna, hizo que Silas, habiendo salido a dar un paseo para disfrutar de la serenidad de la noche, pasara por cerca de la casa de Pierre y entrara, deseoso de charlar un largo rato con Odón, al que ya había tomado gran cariño. Este, al verle entrar, palideció de un modo terrible, que él mismo, con terror, notó.

Silas, advirtiéndolo también, le dijo con verdadero interés:

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—No estoy enfermo, señor—repuso Odón con severidad desusada.

Ante aquella respuesta, Silas quedó desconcertado y sin saber qué hacer, pero, comprensivo con los estados de malhumor, no hizo caso de la sequedad de la respuesta de Odón y volvió a insistir, deseoso de poder servir a su amigo, en saber lo que sucedía. Así, preguntó, con el tono más amable de que era capaz:

—¿Qué le sucede? ¿Quiere que vaya a buscar un médico?

—No puedo decirle ni una palabra de lo que

me sucede. Sólo quiero rogarle una cosa... ¡Váyase!... ¡Váyase en seguida!

Abrumado, por no poder explicarse lo que sucedía, Silas salió. La pena que sentía, no es para descrita. Y era tanto más honda aquella pena, cuanto no podía explicarse, por más que meditaba en ello, la actitud de Odón.

—¿Se habrá vuelto loco como Pierre? — se preguntó por último, buscando una razón para su comportamiento.

En cuanto Silas se hubo alejado un poco, Pierre, con mirada de odio y voz cargada de rencor, gritó a Odón:

—¿Por qué no le has matado?

Amargado, por la situación en que el destino le había colocado, Odón contestó, a modo de explicación para la pregunta de Pierre:

—Me he sentado a su mesa, he comido su pan y le he llamado amigo...

—Cierto... Y eso le disculpa de ser el causante de la muerte de tu madre—comentó Pierre con sarcasmo.

—¡No!—gritó Odón.—Ahora le odio... y me odio a mí mismo... y odio la sangre que llevo en mis venas... que es suya...

—Eso está bien. Pero oye lo que te digo. ¡Si tú no vengas a tu madre, la vengaré yo!

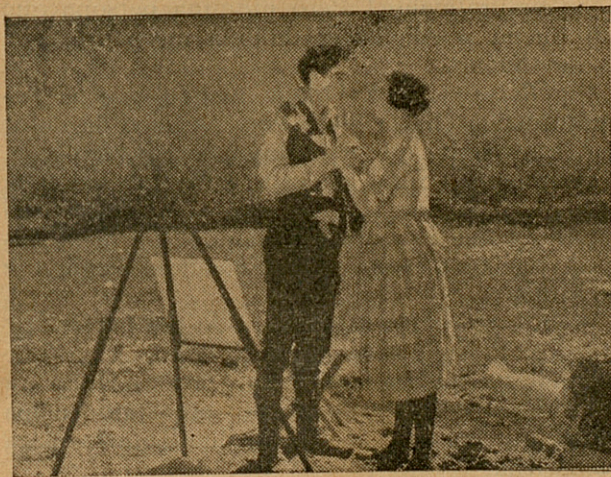
—No lo haga, Pierre. Sea como sea, ese hombre me pertenece a mí...

—Bien. Esperaré que seas un hombre. Si olvidas tu deber, yo lo cumpliré. Hace ya muchos años que espero para realizar esta tarea.

A la mañana siguiente, Odón se levantó transformado. Ya era otro hombre. El sol del amor

se había escondido tras las nubes de la idea de venganza.

Niní y Silas pasaron por junto a él. Silas hizo como que no le había visto, esperando que él le dijera algo. Pero él no le dijo nada y le miró de un modo extraño, que Niní advirtió. Ella,



inocente, se acercó a él y le dijo, con su amor fervoroso:

—¿Por qué está usted tan triste?

—No sé... A veces se entristece uno sin saber por qué...

—¿Y por qué ha mirado usted a mi padre de un modo tan extraño?

En lugar de contestar a esta pregunta, Odón preguntó:

—¿Ha sido para usted un verdadero padre?
¿Le quiere usted mucho, Niní?

—Mucho. No he querido a nadie en el mundo así, ni de nadie he sido querida como de él, excepto ahora, que quiero y creo que me quieren mucho... Pero este querer es de otra manera...

—¿Y odiaría usted a quien le hiciera daño?

—¡Naturalmente! Pero ninguna persona que sea buena puede hacer daño a mi padre, que es tan bueno...

—¡Oh!—exclamó Odón, viendo que si seguía aquella charla iba a volverse loco de dolor por la tormenta que tenía lugar en su mente.

Entretanto, Silas, en espera de que Odón le buscara y le hablara, se había alejado, yendo a parar a las cercanías de donde Pierre se hallaba haciendo leña. Este, viéndole llegar, le preguntó:

—¿Le molesta a usted el ruido del hacha?

—No, Pierre; no es el ruido del hacha lo que me molesta. Otras cosas más graves ocupan mi pensamiento. Respecto a esto, amo tanto a los pinos, que me entristece tener que cortarlos para hacer leña.

—¿Y por qué los corta usted, entonces?

—Es ley de la Naturaleza... Por desgracia... debemos destruir lo que más amamos... para salvarnos nosotros mismos...

—¿Tal vez gusta usted de destruir a los que ama cuando son jóvenes?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Silas, extrañado de aquella pregunta.—Di, Pierre: ¿qué quieres decir? ¿Qué misterio se esconde detrás de esas palabras? Empiezo a creer que no eres

ajeno al comportamiento de Odón para conmigo. ¡Explícate!

—Perdón, señor... Mi lengua no me obedece y dice cosas que ni yo mismo sé lo que significan...

Aunque esta explicación no dejó satisfecho a Silas, se alejó, bien preocupado y queriendo descubrir lo que había detrás de todo aquello, lo cual ya empezaba a amargarle más de lo que sea dado suponer.

Niní, en aquel mismo momento, después de una larga pausa, durante la cual había estado observando detenidamente a Odón, le preguntó:

—¿Por qué parece usted hoy un hombre tan distinto a los demás días?

—Niní, si le dijeran a usted que su mejor amigo le había hecho un daño terrible e irreparable... ¿le mataría usted?

Adivinando la joven que aquella pregunta tenía relación directa con el comportamiento de Odón para con su padre, contestó, midiendo bien sus palabras:

—Primero, averiguaría si era cierto lo del daño. A lo mejor, las apariencias engañan.

—No puedo averiguar nada, no sé nada, y me voy a volver loco, porque esta duda terrible no puede continuar.

Niní tenía que marcharse. Se separaron, con una despedida fría, de cumplimiento.

Al quedarse solo, Odón exclamó, cogiéndose la cabeza con ambas manos:

—Madre mía: tu sangre y la sangre de él luchan entre sí, dentro de mí, y yo no sé qué

hacer. ¡Humíname! No puedo obrar por mí solo. ¡No puedo! ¿Qué debo hacer, madre mía?

Niní, entretanto, era presa de la más grande tristeza de su vida... Amaba a Odón, no podía comprender su actitud, le veía sufrir y no sabía por qué, le sentía sumido en un abismo de pena y no podía correr en su ayuda para consolarle. Bien verdad es, pensaba, que no hay alegría más grande ni dolor más inmenso que los que proporciona el amor.

QUINTA PARTE

Al llegar la noche, como Niní no hubiese vuelto a ver a Odón, empezó a no poder vivir de impaciencia.

—¿Qué le pasará?— se preguntaba. — ¿Qué horror será el que habrá descubierto para obrar así? ¿Qué culpa habré yo cometido en esta vida para recibir tan gran castigo como es el de no verle, ni oírle, ni tenerle a mi lado? ¿Qué habrá en el pasado de mi padre tan bueno, con relación a Odón, para que se muestre tan severo con él? ¡Dios mío! Haz que resplandezca la verdad, por dura que sea, para que la situación se aclare. Y haz, Señor, que esa verdad aleje la amargura de su corazón para que yo vuelva a ver florecer la sonrisa en sus labios, que tantas palabras cariñosas saben decir cuando la pena no les contrae!...

Entretanto, Odón se había ido a lo más alto de la montaña cercana, en donde la soledad era más absoluta, para buscar, en aquel silencio solemne de la Naturaleza la inspiración de Dios sobre cuál fuera su deber en el trance que se hallaba, trance terrible en el que tenía que to-

mar venganza de su madre en la persona de su padre. Creía estar solo en aquella altura escarpada, en donde pidió consejo en voz alta, con palabras estremecidas por el deseo de no obrar más. Pero se engañaba. Pierre le oía. No se había separado de él ni un momento en todo el día, aunque procurando no ser visto, en espera de que Odón llevara a cabo lo que él creía que debía hacerse.

Al fin, pareciendo que había tomado una determinación, Odón abandonó aquellas cumbres rocosas y se encaminó a la casa de Silas. Pierre le seguía de cerca, impaciente por poner el punto final a aquel asunto, para lo que había esperado tantos años.

Mientras, la inquietud de Niní había aumentado hasta hacerse insoportable de todo punto. Su corazón palpitaba más acelerado que nunca, agitado por un dolor sin medida ni consuelo. De pronto, oyó que Odón llegaba. Cayó en el sitio que estaba, medio desvanecida, exclamando:

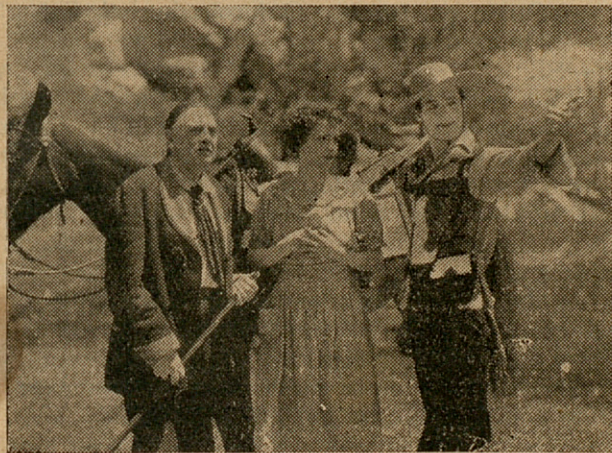
—¡ Ha vuelto ! ¡ Alegría ! Pero, ¿ qué pasará ?

También Silas oyó llegar al joven, y no con ánimo tranquilo. Sentía, sin saber por qué, que algo grave le traía a aquellas horas. Por otra parte, todo el día lo había pasado preocupado como nunca. Parecían haberse grabado las palabras que Pierre le dijo por la mañana en su mente, y se las repetía a cada momento, como queriendo descubrir su significado: *¿ tal vez gusta usted de destruir a los que ama cuando son jóvenes ?*

Naturalmente, estas palabras le habían hecho

recordar todo su pasado, especialmente en lo que se refiere a su mujer, que había muerto joven, estando él lejos de ella.

—¿ Conocerá Pierre estos detalles de mi vida ? Y si los conoce, ¿ por qué nunca me ha dicho nada ? ¿ Y qué tiene que ver todo esto con la actitud de Odón para conmigo ? ¿ Quién puede



ser ese joven ? ¡ Si me fuera factible preguntárselo !...

En el momento que Silas pensaba esto, Odón se paraba ante la puerta y decía, decidido ya a obrar:

—Por Niní debo perdonarle... pero por ti, madre mía, debería darle muerte ahora mismo... No sé lo que haré todavía. Pero siento que lo más probable es que le mate.

Pierre, desde la obscuridad, sonrió al oír estas palabras. Iba a realizarse la venganza tan esperada.

En seguida, Odón entró en la casa, con un ímpetu que extrañó a Silas. Este, que acababa de pensar en la idea de preguntar a Odón que quién era, oyó que éste le preguntaba, de modo ineludible.

—¿Quién es usted? ¡Quiero saberlo!...

—¿De veras?

—Sí.

—Yo también, hace un momento, me sentí tentado de ir a buscarle para hacerle la misma pregunta. Celebro, pues, que haya venido y que se me haya adelantado. Soy...

Y aquí explicó Silas, con todo detalle, quién era... Luego, sacó de un cajón un retrato y, mostrándolo a Odón, dijo:

—¡Mire! ¡Natalia... mi esposa!...

—Sí, su esposa... y mi madre...

—Tú... ¿eres mi hijo?

—Sí, y el hijo de la mujer a quien usted abandonó y dejó que muriese en la miseria...

—No me condenes sin escucharme, hijo mío. ¡Si supieras cuán grande ha sido el tormento de mi vida y la necesidad que tenía de hacer la confesión que ahora voy a hacerte! Deja que me explique, para que comprendas... Aunque todo eso pertenece al pasado, debes saberlo... La dejé para buscar riquezas... en las minas de oro de esta región... Pero la fiebre me hizo su víctima... No hubo oro... Pronto me abandonaron todos mis compañeros... y quedé solo, sin tener con quién mandar aviso alguno de lo que

me sucedía. Esto duró tres años, que estuve enfermo, sufriendo horrorosamente en mi soledad... Cuando, al fin, pude volver, tu madre ya había muerto... Mi corazón quedó desgarrado... Me volví aquí para olvidar... lo que no me ha sido posible, ni con el transcurso de los años... La imagen de la santa que fué mi mujer siempre me ha acompañado... Ahora que lo sabes todo, hiere... nada temo...

—No puedo, padre mío... ¡Perdón, mil veces perdón por haber pensado que usted, conscientemente, tenía la culpa de la muerte de mi madre!

Pierre, que acechaba fuera, para si Odón no era capaz de realizar aquella venganza llevarla a cabo él, oyendo la confesión de Silas, cayó al suelo, como si pidiera también perdón, exclamando:

—¡Natalia, era digno de ti!

Y desde el día siguiente, junto al espejo del lago, volvió a renacer la alegría que había de hacer felices para siempre a Odón y Niní, que habían nacido el uno para el otro.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografias)

ART ACORD
AGNES AIRES
ITALIA ALMIRANTE MANZINI
MARY ANDERSON
ROSCOE ARBUCLE (Fatty)
RICHARD BARTELMES
ENNID BENNET
ARMAND BERNAT
FRANCESCA BERTINI
CONSTANCE BIDNEY
GEORGES BISCOT
ALICE BRADY
ALBERTO CAPOZZI
NARCYA CAPRI
JUNE CAPRICE
HARRY CAREY (CAYENA)
JAWEL CARMEN
IRENE CASTLE
MARGARITA CLARCK
JANE COLW
GRACE CUNARD (Lucille)
ELENA CHADWICH
LON CHANEY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)
CHARLES CHAPLIN (Charlot.
paisano)
DOROTHY DALTON
VIOLA DANA
BEBE DANIELS (Ella)
HELENA DARLY
RACHEL DAVYRIS
PRISCILLA DEAN
CAROL DEMPSTER
REGINALD DENNI
WILLIAM DESMOND
XENIA DESNI
KATERINE MAC DONALI
LUCY DORAINE
WILLIE DOVE
WILLIAM DUNCAN
MISS DU-PON
MAXIME ELLIOT
ELIONOR FAIR
DOUGLAS FAIRBANKS
FRANKLIN FARNUM
WILLIAM FARNUM
GERALDINA FARRAR
ELSIE FERGUSON
MARGARITE FISHER
FRANCIS FORD (Conde Hugo)
ALEC B. FRANCIS
PAULINA FREDERICK
MAUDE GEORGE
EDUARDO (HOOT) GIBSON
JEQUELINE GODSON

LILLIAN HALL
WILLIAM S. HART
WANDA HAWLEY
SESSUE HAYAKAWA
WALTER HIERS
HELEN HOLMES
CAROL HOLLOWAY
CLARA HORTON
JACK HOXIE
CHARLES HUTCHITSON
GARET HUGES
MARIA JACOBINI
EDITH JOHNSON
ROMOUALT JOUBE
LEATRICE JOY
ALICE JOYCE
DIANA KARENNE
TILDE KASSAY
BUSTER KEATON (Pamplinas)
MADGE KENNEDY
DORIS KENYON
NORMAN KERRY
CLARA KIMBALL YOUNG
MOLLIE KING
JAMES KIRKWOOD
NATALIA KOWANGO
LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS MAC LEAN
VITORIA LEPANTO
MITCHEL LEWIS
ELMO K. LINCOLN
MAX LINDER
ANNA LITTLE
BERT LITTLE
MARGARET LIVINGSTONE
LUISA LORRAINE
BESSIE LOVE
LOISE LOVELY
HAROLD LLOYD (El)
MACISTE
CHARLES MACK
GINETTE MADDIE
LYA MARA
MAE MARSH
MARGARET MARSH
SHIRLEY MASON
M. MATHE
FRANK MAYO
THOMAS MEIGHAM
MARY MILES MINTER
SANDRA MILOWANOFF
GASTON MITCHEL
TOM MIX
BLANCHE MONTEL
TOM MOORE

ANTONIO MORENO
JACK MULHALL
MAE MURRAY
RENE NAVARRE
ALLA NAZIMOVA
POLA NEGRI
ANA Q. NILSON
MABEL NORMAND
MARIA OSBORNE
SENA OWEN
BABY PAGE
JEAN PAGE
LIVIO PAVANELLI
DORIS PAWN
EILEN PERCY
HOUSE PETERS
MARY PHILBIN
JACK PICKFORD
MARY PICKFORD
EDDIE POLO
HENNY PORTEN
MARIA PREVOST
PRINCE (Salustiano)
HEBERT RAWLINSON
CHARLES RAY
WALLACE REID
FRITZI RATGEWAY
M. RINSKI

CAMILO DE RISSO
WILL ROGERS
RUTH ROLAND
MARCELLE ROLLET
WILLIAM RUSSELL
PATSI RUTH MILLER
JOE RYAN
CLARISE SELWYENE
LARRY SEMON
GUSTAVO SERENA
PAULINE STARK
ANITA STEWAE
GLORIA SWANSON
CONSTANCE TALMADGE
NORMA TALMADGE
ALICE TERRY
OLIVE THOMAS
MADELAINE TRAVERSE
RODOLFO VALENTINO
VIRGINIA VALLI
VERA VERGANI
MARIA WALCAMP
GEORGE WALSH
GLADIS WALTON
FANNIE WARD
PEARLT WHITE
BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
Giro Postal a **Publicaciones Mundial**. Apartado de Co-
rreos 925. Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— »
Blouse Ideal	»	2'50 »
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisiën	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de Promenade	»	3'— »
Mode de Paris	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions . . .	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— »
» » Ceremonies	»	5'— »
» » Blouses	»	5'— »
» » Enfants	»	3'— »
» » Lingerie	»	5'— »
» » Tailleur	»	5'— »
» » Gentlemens	»	5'— »
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis .	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barbará, 15. Apartado 925—Barcelona**